

INSTRUCCIÓN FAMILIAR.

VUELTA DE EGIPTO,

PLAN.

PRIMERA CONSIDERACIÓN — Estancia en Egipto.

SUBDIVISIONES. — 1. Milagros. — 2. Luces de la fe.

SEGUNDA CONSIDERACIÓN. — Vuelta de Egipto.

SUBDIVISIONES. — 1. Muerte de Herodes. — 2. Paciencia de María. — 3. Regreso.

*Surge et accipe puerum et matrem ejus,
et vade in terram Israel; defuncti sunt
enim qui querebant animam pueri.*
Levántate, toma al Niño y á su Madre, y
vuelve á la tierra de Israel: pues ya
han muerto los que atentaban contra la
vida del Niño.

(MATTH., II, 20).

A través de una alternativa de inquietudes y de paz, de sufrimientos y consuelos, llegara la Sagrada Familia al país de Misraim. ¿A dónde dirigirá sus pasos, y en cuál de las numerosas ciudades de Egipto fijará su residencia? Dicen unos que se estableció en Hermópolis; otros que en Memphis; quiénes la conducen á Mataryek; quiénes á Babilonia. Esta diversidad de opiniones resulta sin duda de las tradiciones locales, que se conservaron por largo tiempo en aquellos sitios, y que acaso todavía subsisten. ¿Negaremos la verdad de esas tradiciones, á excepción de la que nos proponemos adoptar? De ningún modo, puesto que su diversidad no es contradictoria; y lejos de condenarlas, concíbese fácilmente que pueden conciliarse; por cuanto cabe en lo posible que María y José hubiesen habitado en todos esos sitios, antes de fijarse definitivamente en uno, participando así los destinos del que las Escrituras denominan el hombre errante, *vir vagus*. ¿Y quién duda que tal vez tuvieron que pasar de uno á otro lugar en busca de un pobre abrigo, ó de trabajo para subvenir á sus necesidades, á semejanza de aquel á quien David llama el divino mendigo: *mendicus*? Quizás antes de llegar á Heliópolis, en donde parece cierto que habitaron, los Angeles les condujeran por diver-

sos sitios, á fin de que el pueblo de Egipto viese la gran luz de que hizo mención Isaías, destinada á alumbrar á los que estaban sentados en la región y á la sombra de la muerte. Esta era indudablemente una de las principales miras de la Divina Providencia, y de ella voy á ocuparme en el presente discurso.

AVE MARÍA.

PRIMERA CONSIDERACION

ESTANCIA EN EGIPTO.

Uno de los más notables efectos que, según el relato de algunos ilustres Doctores, causó la permanencia de la Sagrada Familia en Egipto, fué la realización de ciertos acontecimientos milagrosos, referidos por Sozomeno (*Hist.* 21.), Orígenes (*Hom.* 3.), Eusebio (*Demostr.* 20.), San Atanasio (*De Incarn. Verb.*) y otros escritores contemporáneos. Refiérese que al pasar Jesús y María por aquellos países, los demonios abandonaban furiosos los cuerpos de los poseídos, y dejando los ídolos, se precipitaban con la velocidad del rayo á sus cavernas infernales. Cuéntase además, y ésta es una creencia generalmente admitida, que en muchas poblaciones, á la vista de los santos viajeros, caían con estruendo los falsos dioses de sus bases de granito; hundíanse los templos y se arruinaban los altares consagrados á aquellas fantásticas divinidades. Evagrio narra, en su *Vida de los Padres*, haber visto con sus propios ojos en Hermópolis un templo derruido y sus ídolos por el suelo al pasar la Sagrada Familia. Añaden algunos que los sacerdotes, aterrorizados en vista de un prodigio tan insólito, se reunieron con presteza, consultaron á los astros, interrogaron á los agoreros, pero no recibieron respuesta alguna, por cuanto los mismos demonios que sentían pesar sobre sí el brazo de Dios, ignoraban de dónde salía aquella virtud. Indudablemente sabían los más ilustrados de entre los sacerdotes egipcios, que un Rey de los Judíos había de venir á aquel reino, y que á su llegada serían destruidos los templos de sus falsas deidades, pero ignoraban de qué modo debía ésto verificarse. ¿Y quién habría de decirles que aquel tierno Niño, perdido entre la muchedumbre, era quien con una sola mirada hacía el Cielo estremecer la tierra? ¿Cómo sospechar siquiera, que el aliento de aquel parvulito dormido en los brazos de una pobre mujer desconocida, era el que barría, más potente que el rayo, todos aquellos monstruosos simulacros de la mentira, á cuyos pies venía gimiendo tras largos siglos aquel desgraciado país de tinieblas? Llegado es, pues, el día en que brille para él la luz anunciada por los Profetas. Cumplióse, según los Santos Padres, el magnífico vaticinio de Isaías: «Hé aquí que el Señor subirá sobre una nube

ligera, y entrará en Egipto; y los ídolos de aquel país se conturbarán á su entrada, y el corazón de Egipto se repudrirá en su pecho.» (XIX. 1). Esta nube sobre la cual era llevado el Señor, era, bien la humanidad adorable que había tomado en la unidad de su persona, ó bien aquella nube que el Profeta Elías viera sobre el Carmelo, y que, según los Padres, representaba á María llevando en sus brazos á Jesús.

De este modo, con la presencia del Hijo de la Virgen, echó raíces en la tierra de Egipto la fe del verdadero Dios; destruyóse la idolatría, por lo menos en las almas de corazón recto; se abrió el camino de la verdad y de la vida eterna, cerrado ántes por Satanás; resplandeció radioso el Sol de justicia; y aquella región, cubierta hasta entonces con tan espesas tinieblas, se vió inundada de luz y de gracia.

Tal fué, según Baronio y otros, el fruto de la presencia del Señor predicha por Isaías. Llevado Jesús en brazos de María, al atravesar el desierto de aquella región infiel, derramó la bendita semilla que produjo el germen sagrado de tantos santos anacoretas que bien pronto debían poblar y hacer florecer la soledad como un bello jardín, recoger una abundante cosecha de gracia, y hacer fluir por do quiera ríos caudalosos de suave y olorosa miel, mediante una santidad celeste y una perfección angélica. Bien pronto, dice Ludolfo de Sajonia, el que llegue á esas soledades santificadas desde ese día con la presencia de Jesús y de María, contemplará admirado el desierto convertido en un vergel más digno y santo que lo fuera en otro tiempo el Paraíso habitado por nuestro padre Adán; allí verá innumerables coros de Angeles, brillar en unos cuerpos mortales; contemplará ese vasto desierto poblado por los primeros héroes de la milicia de Cristo, por las más blancas ovejas de su regio rebaño, por una multitud de seres mortales que ofrecen á la tierra el espectáculo de la vida del Cielo. En el Génesis de la creación y cuando el Verbo por quien todo se ha hecho estaba en el seno de su Padre, sembrara en la inmensidad de los Cielos con profusión infinita ese brillante ejército de astros que publican su gloria y poderío; hoy, desde los brazos de su Madre María, muéstrase más liberal con el desierto, poblándole de más habitantes angélicos que esferas deslumbradoras resplandecen en la celeste bóveda. Pero tiempo es ya de que nos ocupemos en considerar el regreso de la Sagrada Familia de aquella tierra extraña. Lo veremos en la

SEGUNDA CONSIDERACION.

VUELTA DE EGIPTO.

Ignórase á punto fijo cuánto tiempo comió la Sagrada Familia el pan amargo de la emigración. Convienen todos los autores en decir que los santos desterrados regresaron de Egipto tan luego como acaeció la muerte de Herodes: mas, siendo incierta la época de esta

muerte, divídense las opiniones sobre la duración del destierro. San Epifanio le hace subir á dos años; Nicéforo á tres; otros le prolongan hasta seis y siete. Siquiera no durase más que dos años, seguramente debió parecer bien largo á José, á pesar de su resignación prodigiosa. ¡Cuántos trabajos y penalidades no debió de sufrir María en este tiempo! ¡Y quién podrá referir sus viajes! ¡quién imaginar sus celestiales acciones y sus coloquios divinos! ¡quién sospechar siquiera las primeras palabras y acciones de su Divino Hijo! Con razón escribiera el Discípulo amado San Juan al terminar su relato evangélico: «que Jesús hizo muchas otras cosas, que si hubieran de referirse detalladamente, no bastarían todos los libros del mundo para contenerlas.» El Evangelio, pues, observa absoluto silencio sobre la duración del destierro de Jesús y María, bien así como acerca de los demás sufrimientos é incidentes de tan penosa emigración. Bástenos, por lo tanto, lo que acabamos de consignar tomado de la tradición como más cierto acerca de este asunto.

Acercábase el momento en que el destierro de los santos viajeros iba á terminar. Herodes, enfermo en Jericó, comienza á gustar el cáliz de la justicia y de la venganza del Altísimo. La mano del Omnipotente pesaba sobre él. Había sido el primer perseguidor de Jesús y hecho correr las primicias de la sangre de su Iglesia; justo era también que su nombre infame figurase el primero á la cabeza de la larga serie de muertes trágicas y funestas con que la Providencia ha castigado el crimen de sus imitadores. Todo su cuerpo estaba cubierto de una llaga horrible con que le hiriera la mano vengadora del más Alto. Un calor secreto que no aparecía al exterior, le abrasaba y devoraba interiormente. Su hambre era tan violenta, que nada bastaba á saciarla; llenos de úlceras tenía los intestinos; horribles dolores de vientre causábanle continuas convulsiones; tenía los piés hinchados y lívidos; una gran parte de su cuerpo se hallaba corrompida, en términos que de ella manaban innumerables gusanos; contraídos tenía los nervios, más bien á consecuencia de la desesperación y la rabia, que á causa de los dolores físicos que le torturaban; respiraba con gran dificultad, siendo su aliento tan pestífero, que sus mismos cortesanos no podían acercarse á él. En vano llama de todas partes los más afamados médicos; en vano por consejo de ellos recurre á la virtud beneficiosa de las aguas termales de Callirhoé... ¿Quién es capaz de sanarle, cuando el Señor le hiere?

En efecto, según el historiador Josepho, de quien tomamos estos detalles, todos cuantos fueron testigos presenciales del estado de aquel desgraciado príncipe, convenían en que su enfermedad era un castigo visible y manifiesto del Cielo, á causa de su impiedad y de sus crueldades. Engañase, no obstante, el sabio historiador al considerar la trágica muerte de Herodes como el castigo divino de la crueldad con que hizo asesinar á Judas y Matías, entre otros judíos celosos y justos que echaron por tierra la águila de oro que el desacordado príncipe había mandado colocar en el frontispicio del templo. La prueba de

ello es, que al decir del mismo Josepho, Herodes padecía ya aquella terrible enfermedad antes de cometer aquel cruel asesinato. Era otra sangre más pura, en sentir de todos los escritores eclesiásticos, la que demandaba á gritos venganza: la sangre de los niños inocentes de Bethleem; acaso la de Zacarías, y la muerte de Isabel; pero sobre todo, las angustias de María y la persecución de Jesús.

Tampoco fué el último crimen de Herodes la muerte dada á Judas, Matías y demás compañeros. Lejos de humillarse bajo la mano de Dios que le hería visiblemente, aquél, luchando con las últimas agonías de la muerte, empleaba el débil resto de su infame vida en derramar más sangre, como si la sangre pudiera suavizar sus dolores ó calmar sus accesos de frenética rabia. Ya había hecho morir á su hijo Antípato en la prisión. Sabiendo que su muerte, léjos de excitar el sentimiento, inspiraría donde quiera alegría, manda que todos los principales judíos se reúnan en Jericó, amenazándoles con la última pena; llegados allí, mándalos encerrar en el hipodromo sin distinción de culpables ó inocentes; y en sus últimos instantes, conjura con ruegos acompañados de lágrimas á su hermana Salomé, por el afecto que le tenía y por cuanto había de más sagrado, para que tan luego como él espire, haga morir á toda aquella gente escogida de la nación, á fin de que sus funerales sean acompañados de llanto sincero, y para hacer su duelo más pomposo y grande que el que rodea en la tumba á los más ilustres y queridos príncipes. ¡Qué escolta para su alma al presentarse ante el tribunal de Dios!

Muerto, pues, Herodes, el Angel del Señor aparece de nuevo á José durante el sueño, y le dice: «Levántate, toma contigo al Niño y á su Madre, y volved á la tierra de Israel; pues ya no existen los que atentaban contra la vida del Niño.»

Mas antes de abandonar con Jesús, María y José la tierra del destierro, séanos permitido consignar aquí la bella y saludable lección, el celeste ejemplo que acaba de darnos María de una virtud harto poco conocida por desgracia, y bien digna de serlo, á saber, de la longanimidad. Háblase frecuentemente de la paciencia y se ignora la longanimidad, y, sin embargo, es esta virtud respecto de aquélla lo que el fruto á la flor, lo que el oro más depurado á la tierra grosera que le encierra. No solamente es la longanimidad el perfeccionamiento, la depuración, el divino coronamiento de toda virtud y de todo mérito, sino que es también la única piedra de toque que prueba su solidez, y la verdadera marca de su sinceridad y pureza celestial. «Nada más común, dice un Santo Padre, que los buenos principios; pero nada tan raro como la perseverancia: *Incipere multorum est, perseverare paucorum.*» Hay quién se traza un bello plan de vida en unos ejercicios; pero bien presto se separa de él y acaba por abandonarle. Muchos son los que adoptan generosas resoluciones en el tribunal de la penitencia, y pocos días después todos sus proyectos se desvanecen. ¡Cuánto fervor excita en ciertas almas la sagrada Comunión! Pero es un fuego de paja que al momento se apaga. Ocurre tal vez que, probados por Dios

con enfermedades ó infortunios, nuestro primer sentimiento sea de humilde abnegación á su voluntad adorable; mas si la prueba se prolonga, bien pronto perdemos la paciencia y la resignación primitiva. Ved al pueblo de Israel al pié del Sinaí: al principio presentóse lleno de celo en el servicio del Dios de sus padres; pero, tardando Moisés en volver, se cansa, se fastidia y torna al campo á adorar el becerro de oro. Ved los discípulos de Emmaus: «Jesús, dicen, había prometido resucitar al tercero día, y sin embargo, no aparece.» ¡Como! Todavía no ha concluído el tercero día, está aún en la mitad de su carrera, y ya han perdido la esperanza. Ved los habitantes de Bethulia: prométeseles que serán socorridos; y no obstante, apenas puede conseguir el gran sacerdote que esperen cinco días antes de entregar la plaza al enemigo. Ved á Saúl delante de los enemigos de Israel: espera un momento á Samuel, pero bien presto se cansa, y, usurpando las funciones sacerdotales, atiza el fuego del holocausto.

Pero sobre todo en la oración es donde se hace más visible esta falta de constancia. Sabemos que la plegaria es infalible, y con todo cuando hemos orado dos ó tres veces sin obtener lo que pedimos, al instante nos desalentamos. ¿Y qué resulta de esa falta de longanimidad? Que malversamos todas nuestras buenas obras, perdemos tan preciosos méritos, y marchitamos en nuestro corazón todas las virtudes.

¡Oh! ¿Por qué no hemos de aprovechar el sublime ejemplo que hoy nos dan María y José? Siete años de destierro no han logrado cansar su paciencia; esperan pacíficos el fin de sus pruebas, y no brilla en ellos menos la sumisión á la voluntad divina el último día que el primero. Por eso la nueva del regreso no produce en ellos esa alegría desordenada que experimentamos nosotros al ver terminar nuestros padecimientos. Adheridos fuertemente á la voluntad adorable de su Dios, tan fausto anuncio no les hace salir de su calma habitual; sólo ven en él una nueva orden que deben ejecutar para agradar al que aman sus corazones, y este es el único móvil que les obliga á ejecutarla con celeridad.

Así es en efecto: «Levantándose José, dice el sagrado texto, tomó al Niño y á la Madre, y se dirigió á la tierra de Israel.» Este regreso á la patria fué para María y José un nuevo viaje no menos fatigoso que el primero. Tenían que atravesar el mismo inmenso desierto, sin camino alguno trazado; los mismos arenales flotantes que hacían excesivamente penosa la marcha; los mismos torbellinos de polvo; el mismo sol abrasador; la misma falta de asilo para abrigarse contra el frío de las noches; la misma carencia de alimentos y recursos de todo género. Todavía ofreció este regreso una nueva dificultad á los santos viandantes, como observa San Buenaventura; puesto que cuando huían á Egipto, como quiera que Jesús era pequeñito, fácilmente podía llevarle María en sus brazos; pero ahora es por una parte harto crecido para poder llevarle, y demasiado pequeño para poder andar solo. Sin embargo, á pesar del cansancio de ambos esposos,

Aquel que lleva los mundos era una carga bien ligera y suave para María y José.

Llegados á los confines de la patria, y antes de entrar en Judea, el fiel y prudente dispensador á quien el Altísimo cometiera el cuidado de su familia, se informó de lo que pasaba en el reino. Habiendo, pues, José recibido en sueños un aviso que le iniciaba en la voluntad de la Providencia y disipaba sus temores é incertidumbres, dirigió el rumbo de la Sagrada Familia á través de las tribus de Dan é Isachar en la Galilea inferior, flanqueó las riberas del Mediterráneo, dejando Jerusalén á la derecha, y llegó á Nazareth.

Así se cumplió aquel divino oráculo: «He llamado á mi Hijo de la tierra de Egipto, y será denominado el Nazareno.»

DE VARIOS.

DISCURSO

PARA EL DÍA 12 DE MAYO.

EL NIÑO JESÚS HALLADO EN EL TEMPLO.

PLAN.

PUNTO PRIMERO.—El Niño Jesús en el Templo.

SUBDIVISIONES.—1. El Niño Jesús llevado al Templo.—2. El Niño Jesús dejado en el Templo.—3. El pecador que pierde á Dios.—4. El alma fiel en la sequedad.

PUNTO SEGUNDO.—Jesús hallado en el Templo.

SUBDIVISIONES.—1. Diligencias del pecador,—2. Diligencias del alma á quien Dios prueba.—3. Resignación de María.

Remansit puer Jesus in Jerusalem.
El niño Jesús se quedó en Jerusalén.

(Luc. II, 43.)

LA vida de la Santísima Virgen, A. H. M., pasaba silenciosa y uniforme en Nazareth. Diariamente se repetían los quehaceres del día anterior. La oración y el trabajo se sucedían alternativamente, repartiéndose las horas y haciéndolas parecer breves. María contemplaba á su Hijo, meditaba en sus virtudes, recogiendo cuidadosamente todas sus palabras, y pesándolas en su corazón: *Conservabat omnia verba hæc, conferens in corde suo.* (Luc. II, 19).

Jesús, por su parte, estaba sumiso á María, obedeciéndola como á Madre en todo, y áun adelantándose á sus deseos: *Et erat subditus illis.* (IBID., 51).

Días tan puros y serenos no dejaron, con todo, de tener sus nubes borrascosas. Dios, que quería probar á su sierva, teniéndola en sobresalto, la envió penas que alteraron por algunos días la profunda calma del hogar de Nazareth. El Evangelio nos refiere, que habiendo llevado María á su Hijo á Jerusalén, le perdió al volverse, buscándole inútilmente por espacio de tres días, hasta que le halló, por fin, en el Templo. Esta circunstancia notable de la vida de María Santísima nos suministrará algunas piadosas reflexiones en que ocuparnos esta tarde con provecho.